

Del Rector Magnífico de la Universidad

(Oración Gratulatoria en el acto de entrega de los títulos de
PONTIFICIA a nuestra Universidad)

“Ubi non est scientia animae non est bonum”.

La Iglesia. Excelentísimo Señor, creó la vida universitaria de la América Latina y como los centros universitarios engendraron a los próceres y éstos realizaron con sangre de martirio la independencia y la soberanía, síguese como apodíctico corolario que el catolicismo es el padre de nuestras nacionalidades desde el mundo azteca hasta las tierras de Caupolicán.

En 1555 surgen, clarísimas por la doctrina y nobles por los ideales, las universidades de Lima y Méjico. Sobre la vieja laguna mitológica y cerca al Rímac imperial, frailes virtuosos y sapientes, sembraban toda la cultura humanística y las investigaciones científicas de la época. Los dominicos exponían en la Universidad de Santo Domingo la Suma Teológica y las ciencias exactas y los jesuítas llevaban al Brasil las ciencias naturales y el pensamiento vivo de Suárez, creador con Vitoria del derecho internacional acorde con los eternos dictados de la razón y de la moral evangélica.

En Quito y El Cuzco, en Chile y en Córdoba, en La Paz y en Caracas, en Santa Fe de Bogotá, sentaron sus reales arzobispos y sacerdotes, mecenas de las artes y de las ciencias, protectores de la sabiduría, sostén y estímulo de la jurisprudencia, centinelas de la verdad revelada e insomnes vigías de las antiguas culturas recogidas por San Basilio, sistematizadas por los Papas, conjugadas por Santo Tomás y Alberto Magno y heredadas por los siglos posteriores para recibir del gran Cisneros el soplo eterno que las aventó sobre las Américas en carabelas cristianas y latinas.

El influjo del catolicismo en la América del Norte llegó poste-

riormente para cubrirse de gloria y de prestigio al correr de dos centurias. Los ateneos y claustros universitarios que apacienta el catolicismo en aquella gran nación y en el Canadá, superan a los centros ortodoxos de todo el mundo en su sorprendente cantidad.

Domeñada un tanto la enfermedad laicista del siglo transcurrido y liquidada la inicua confiscación de las universidades por parte del positivismo, el anticlericalismo y las sectas, surgieron con bríos renovados la Universidad Católica de Chile, centinela de los principios y de la investigación jurídico-social, su hermana la Católica de Lima, poderosa en el espíritu y la fortaleza interior, la Javeriana, venero de santos y de próceres en la Colonia y lumbrera de la patria en nuestros días, la de Río de Janeiro, llena de anhelos y esperanzas y la Universidad Católica Bolivariana de Medellín, la más joven en el tiempo pero eterna en sus principios.

Es Católica y el católico nace con veinte siglos de cultura por herencia, al decir del pensador inglés; Bolivariana, siendo verdadero el axioma que pasó a ser cosa juzgada como severa tesis histórica, que el Libertador heredó de los teólogos, de Santo Tomás y Suárez y Vitoria, el pensamiento jurídico internacional y las normas justas del derecho constitucional y social del mundo nuevo. Su genio fue una suma de verdades esenciales y su visión de los problemas del futuro son la conclusión de las premisas teológicas. Nada más grato para los colombianos que el leer los mensajes de Navidad del sapientísimo Soberano espiritual que nos gobierna, en los cuales intenta el Pontífice sustituir "el odio por el amor, la desconfianza por la fe, el utilitarismo por la justicia, la fuerza por el derecho y el egoísmo por la solidaridad". Las normas del Pontífice tienen algunos postulados tangenciales a los de la Carta de Jamaica y a los generosos mensajes de Ocaña, Cartagena, Santa Fe y Angostura. "Las arengas de Bolívar son un verdadero tratado de derecho público".

El derecho americano tiene entraña católica, tradiciones y costumbres cristianas y alma espiritualista. En Brasil y en La Habana, en el mismo Chapultepec y en San Francisco, consagró la diplomacia jurídicamente, normas romanas, latinas, cristianas y bolivarianas.

Nacimos a la vida, al temblor de banderas españolas. El gran navegante tenía una concepción misionera de su aventura santificada por el Cristo. Los próceres fueron sucesores de las cátedras y todas las constituciones de la América meridional sigilaron el reconocimiento del catolicismo como ligamen victorioso y a Dios como principio y fuente de toda jerarquía. La soberanía del pueblo, al estilo de Rousseau, fue mero pretexto y táctica de lucha; los conceptos sobre la persona humana, la inviolabilidad de los tratados, la capacidad jurídica de autodeterminación de las naciones, la unidad de la familia humana, fueron herencia de Salamanca, de la Legislación de Indias y de la teología toledana. Cuando la constancia española se estrelló contra sí misma en Boyacá, Ayacucho, Carabobo y Pichincha, la tradición teológica de la raza llevó al Libertador a comunicarse

oficialmente con el Papa en jornadas memorables para la diplomacia y la Iglesia.

Nuestros pueblos hablan lengua castellana, dialogan con el acento peninsular, entienden el lenguaje teológico del Concilio Tridentino y son naturalmente cristianos, como los conquistadores, los catedráticos y los próceres que almacenaron en la entraña de América el alma inmortal de los principios revelados y aquella preciosa herencia cultural que se inició en el Sinaí, adquirió contornos de belleza junto al templo de Minerva, se hizo verdad jurídica en el Capitolio, fue canonizada por un pescador de Galilea para entregarla al mundo occidental como caudal de sus conquistas, victorias y propósitos.

Hoy es Pontificia nuestra Universidad por voluntad de Pío XII, eje espiritual del mundo, columna y firmamento de la civilización cristiana. Nos vinculamos con el juramento, claustro y universitarios compañeros, a un Pontífice inmaculado, sapientísimo, inmortal, refugio del mundo en caos y al Vaticano, fuera del cual no hay salvación para los pueblos.

Viscitudes universitarias

Ninguna entidad semejante a la Iglesia en la fecunda labor universitaria. Ni Grecia, ni Roma, ni el Sacro Imperio, ni los modernos estados, pueden pareársele en la facultad creadora, en la producción de la cultura, ni en el éxito admirable.

El Papa León XIII, autor del derecho social contemporáneo, se nos presenta igualmente como el restaurador de la cultura universitaria y del poderío espiritualista y científico de la Iglesia durante los siglos XII y XVI. Sus documentos pontificiales enseñaron a los príncipes que la Iglesia debería ser orientadora de las naciones, predicaron al sacerdocio su misión de apostolado entre las gentes proletarias, al propio tiempo que condenaban el ostracismo al cual se había relegado a los teólogos, canonistas, artistas, científicos y sociólogos de la cristiandad. Les llamaba con premura y divinos acentos a tomar las riendas de los humanos destinos de la inteligencia.

El Cardenal Newman es el intérprete más autorizado del audaz vuelo del Pontífice León, y el Cardenal Mercier, su realizador más eficaz. Colocados uno y otro en medio de los doctores, dueños de la santidad, de la sabiduría y del profundo conocimiento de la cultura, se lanzó el primero a conquistar la simpatía de los intelectuales europeos, y el segundo a realizar la prodigiosa aglutinación de Lovaina. Rota la desconfianza entre los enemigos y los tibios, demostraron que la fe y la ciencia, el patriotismo y la Iglesia, la investigación y la sabiduría, el laboratorio y las artes, no podían seguir camino del positivismo so pena de contribuir a la disgregación de los valores y de las nacionalidades. "El que es enemigo de la religión es enemigo de la Patria", dijo Caro. Y Séneca había escrito: "Sin las letras la vida es muerte y la sepultura del hombre es vil". Los enemigos de la

grandeza humana son los que niegan los derechos y las virtudes del alma: "De todo lo que existe sobre la tierra, sólo el alma es inmortal", afirma el Pontífice reinante.

"Entre todas las diversas empresas humanas, nada hay más noble y elevado que la creación de una universidad", dijo el antiguo Schoollar londinense, y agregaba: "La Universidad es la filosofía de un entendimiento imperial". El Evangelio ha hecho a todos los hombres filósofos, enseñaba San Juan Crisóstomo, al entregarnos eternas verdades absolutas, preocupaciones, mandamientos, misterios y consignas sobrenaturales. El Evangelio ha creado la responsabilidad personal, la alegría en el dolor, la interpretación de los sufrimientos como escuela de valores y la igualdad de la familia humana ante Dios inmortal y ante los hombres de buena voluntad. La Iglesia es la gran universidad de la historia, de tal manera que un campesino nuestro, al decir de Carrasquilla, posee mayor orientación en la filosofía de la vida y en los eternos destinos del hombre que Aristóteles con su metafísica y Platón con sus ideas.

La lucha por la reconquista de las universidades ha sido la trágica contienda de tres siglos. El positivismo se adueñó primero de sus fueros y tendencias, después de que Bonaparte aniquilara su autonomía. El formalismo alemán le arrebató las virtudes normativas, el laicismo heredado de los latino-americanos la convirtió en secta cuando antes era la lumbre de los pueblos y el guía de las comunidades sociales y el pragmatismo le dió una interpretación mecanicista en Norteamérica, mientras los marxistas ahogaban el pensamiento filosófico por la violencia incapaces de sostenerlo por la lógica.

El enciclopedismo en la enseñanza, en lugar de formar sabios, hastió los espíritus; la pasividad académica del jansenismo que estableció una muralla infranqueable entre la personalidad del profesor y el corazón del alumno, dió margen al divorcio de los claustros docentes y las aulas discentes de las universidades. La sola formación de la voluntad por motivos humanos, con menoscabo de los divinos valores, plasmó estudiantes para la violencia y el desafuero, mientras en otras latitudes se daba preponderancia al desarrollo de las fuerzas corporales, sin la elegancia de los griegos en el torneo, ni el espíritu interior de los espartanos.

En los países enriquecidos hasta el paroxismo se ha pretendido educar para la libertad con detrimento de la responsabilidad y de los eternos destinos del alma; el confort fue una tesis vital, el niño un mito pedagógico y el freudismo ingresó hasta los claustros con ánimo mesianista y como vulgar intérprete de la moral revelada y aún de la Sagrada Teología.

Cuando éramos niños oíamos afirmar la verdad de la ciencia como panacea, la humanidad como meta de la educación, el progreso como sucedáneo del Espíritu Santo y cierta escuela activa naturalista como áncora de salvación, enemiga del pecado original. Los frutos de tales desacatos al espíritu están allí en el panorama universal. Un

alma de contienda palpita en todo el mundo; el utilitarismo de las naciones crea imperialismos devastadores, la familia se convierte en muchas partes en pasatiempo sensual y si las virtudes de los santos se descuidan, son enaltecidas hasta lo imposible cantantes y bailarinas, boxeadores y turistas del pensamiento, mientras se olvidan los derechos de la persona humana, los sagrados, naturales y divinos de la familia, la fuerza obligatoria del derecho, la incapacidad de la violencia para crear normas perdurables.

La Universidad tiene que educar antes que instruir. Y si el profesorado no es norma moral de los discípulos y las asignaturas se convierten en sectaria arremetida contra el alma o sólo se admite al sacerdocio por táctica o por misericordia, el pensamiento vivo morirá y la juventud ha de marchitarse cuando no la alumbre y encienda el eterno Sol de la justicia.

A la juventud no se le engaña fácilmente: Como es generosa y altiva, espiritualista y ardorosa, ella reclama para sí una formación integral. Los grandes caracteres son los santos y los próceres y los genios la subyugan. En Cristo encuentra el universitario el fervor de la lucha, la figura del héroe, el Santo de los santos, la Sabiduría encarnada, el eterno legislador de la grandeza humana. Ante su Eucaristía se arrodillan las juventudes con placer y esperanza porque saben que Cristo es el camino, la verdad y la vida: "Primero es la virtud que la doctrina, porque la virtud conduce a la ciencia de la verdad", dijo Santo Tomás.

El gran filósofo estadinense Spalding escribía: "Si pensadores como Platón, Aristóteles y Pestalozzi, que se ocuparon del problema educativo, han afirmado que la virtud es el fin supremo de la educación, despojaremos a la escuela del único carácter ideal que desde hace veinte siglos ha inspirado todo lo que es justicia, todo lo que es heroísmo? Expulsaremos de la escuela a Cristo, cuyo ejemplo ha contribuido infinitamente más que todos los sistemas filosóficos a humanizar, a ennoblecer la raza humana y a inspirarle piedad?"

La Teología fue excluida de las universidades, violando los fueros de la cultura. Ya está demostrado que los teólogos acrecentaron la filosofía y el arte y que las investigaciones inductivas surgieron como consecuencia de las cátedras de Alberto Magno y Juan de Santo Tomás. Pasteur en Francia con Ampere; Volta y Galvani en Italia; Caldas y Mutis en Colombia, nada encontraron contra la fe en las arboletas, laboratorios, ensayos y expediciones. Así como Roma imperial y cristiana heredó la tragedia griega, la filosofía de Atenas, el arte de corintios, dóricos y jónicos y el vuelo de los juriconsultos, de igual manera los monasterios purificaron el saber con la plegaria y lo regaron por los pueblos; y los episcopios civilizaron a Europa.

El mundo occidental no se entendería sin el Vaticano como ruta, sin Salamanca como escuela, sin la simiente de la Sorbona, sin los canonistas de Bolonia, sin la legislación de Indias genitora de un de-

recho de gentes para todas las razas y naciones. No fue Groccio el creador del derecho internacional contemporáneo. Fueron San Pablo con sus Epístolas, San Agustín con sus polémicas, Santo Tomás por medio de las Sumas, Raimundo Lulio con sus controversias, el Concilio Tridentino, tutela de la libertad y de la responsabilidad contra Lutero, el Fuero Juzgo, las Siete Partidas, los tratados **De Legibus** de Suárez, las prelecciones **De Indis** y **De Bello Justo** de Vitoria, los creadores de las virtudes nacionales, los sostenedores del derecho de la persona y la familia y los sustentadores de la soberanía como raíz de poderío y estabilidad de las naciones.

Rousseau no fue el padre de América. Fueron, Colón, cristiano, el Padre Las Casas, reivindicador del indio; Juan de Zumárraga, protector de los débiles; Hernán Cortés y Jiménez de Quesada, más constructivos que Alejandro y César; fueron Bolívar, Washington y San Martín, quienes confesaron a Dios como Señor y al cristianismo como fuente de paz, bienestar y sabiduría social incomparable.

La treintena de universidades católicas de Norteamérica, la de Chile y Bogotá pontificias, las de Lima y Río de Janeiro y la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, están diciéndole al mundo contemporáneo que la idea cristiana es puerta abierta a todos los goces del espíritu; nuestros profesores y estudiantes alternan en la edificación de un mundo nuevo, más amable y justo que la arquitectura capitalista o la pirámide leniniana. Se vuelcan los principios universitarios sobre estas latitudes con propósitos de acción y el Senado y la Cámara y la Asamblea, lo mismo que el Presidente de Colombia y el Gobernador de Antioquia, han entendido que trabajamos por la patria con desvelo y eficacia.

No es posible una disciplina sin libertad como quería Napoleón, ni una libertad sin disciplina como predicaba Rousseau. Al gran corso le atribuyen aquellas palabras ante la tumba del filósofo ginebrino: "Talvez hubiera sido mejor para la humanidad que ni este hombre ni yo hubiéramos existido".

"Ni la política, ni las finanzas, ni el comercio en el sentido más amplio y profundo de la palabra, es el primero y más importante cuidado de un pueblo libre. Los mejorse patriotas no son los jefes de los partidos, ni los primates de la industria, ni los inventores, sino los profesores, o sea, los hombres y mujeres que viven y trabajan por educarse a sí propios y educar a cuantos puedan recibir su influencia, en atención a un mayor saber, a una mayor santidad y a una mayor felicidad". (Spalding).

Nuestra Historia

Es muy corta en el tiempo y profunda en su contenido. Se fundó porque Dios quiso y se sostiene mediante la Providencia adorable. Inicióse sin dineros, locales ni bibliotecas, sin aprobación jurídica ni reglamentos, pero en ella palpitaba el espíritu de Dios.

Setenta estudiantes fueron los pioneros legendarios. Quizás la

vida universitaria de Colombia no conozca una lucha más coherente, rápida y limpia en los propósitos. Con una pobreza franciscana, sin libros de matrícula, ni cátedras para el profesorado, ni un solo sueldo en caja. Le siguieron veinticinco profesores para entregarles gratuitamente el pan del espíritu y el ejemplo de la fortaleza. Una figura extraordinaria emergía del unánime consentimiento como caudillo que ofrecía su vida por los estudiantes, les dió la seguridad y el impulso, les aglomeró en las reglas, marcó las rutas imperecederas y se fue con ellos en el silencio de los claustros, en una continuada creación de martirio, hasta la tumba gloriosa. Fray Cristóbal de Torres, Bartolomé Lobo Guerrero, Monseñor Carrasquilla, el señor Arzobispo Salazar y Monseñor Sierra, son las columnas que sustentan el arco toral de la Universidad Católica en Colombia.

Pero el Código Canónico dispone que es ilícita e imposible la fundación de una universidad católica en parte alguna de la tierra sin la anuencia de la Santa Sede. El gran Arzobispo de la educación informaba al Excelentísimo señor Serena y solicitaba la licencia para la validez del decreto de canónica fundación. La respuesta del representante del Pontífice llegó oportunamente y el 15 de septiembre de 1936 surgía el decreto canónico elaborado por el genio del vidente señor Salazar y Herrera, por el consejo y la erudita colaboración del señor Vicario, cuyos nombres están grabados en el corazón de la Universidad.

Han corrido casi diez años y la Universidad nuestra es honrada y conocida en el continente y aún más allá de los mares que nos circundan.

Tenemos en la Preparatoria el tesoro y la mina de nuestros éxitos. Las plegarias de los niños se elevan diariamente por las jornadas y dolores de la Universidad. Alienta ahí un profesorado de selección por el espíritu de sacrificio y la paciente formación cotidiana. No admitiríamos un solo profesor en Preparatoria que se declarara satisfecho en sus conocimientos y realizaciones y por ello diariamente se ponen en contacto con los mejores pedagogos y dialogan sobre esfuerzos, fracasos y victorias.

Nuestras secciones de Bachillerato y Comercio se llevan los mayores esfuerzos por ser la edad de las tormentas que requiere cuidados esenciales, porque las inteligencias empiezan a discurrir sobre los problemas de la vida y de la ciencia y se preparan las vocaciones para los destinos ulteriores. Al lado de la jerarquía disciplinaria colaboran asiduamente los sacerdotes que perdonan, interpretan y levantan al que cae, mientras los pedagogos y psiquiatras inoculan eternos ideales por Dios y por Colombia. Nuestro Bachillerato tiene excelentes atributos de grandeza y ha sido la voz del Ministerio Nacional de Educación reconocedora de los esfuerzos desvelados.

La conciencia universitaria alienta como savia vital en la escuela de Jurisprudencia y Economía. Un centenar de tesis espiritualistas realizadas con toda libertad por obra y gracia de un profesoro

rado que hace honor a la patria, son su fruto más preclaro. Al profesorado y a sus normas y tesis escuchan los jóvenes con espontánea lealtad y con éxito inmediato.

El primer ensayo nacional en las ciencias de la ingeniería química industrial lo va realizando la Universidad Pontificia Bolivariana. Colombia posee químicos nacionales en multitud de sus empresas por el esfuerzo de esa institución. Los ingenieros químicos conocen nuestro medio, son leales al patrono y justos con el obrero; han recibido la consigna de la más exquisita conciencia profesional y vienen demostrándole al país que se había equivocado cuando ignoraba la capacidad de sus juventudes para las actuales, insustituibles y patrióticas investigaciones de la química. Dicha ciencia puede resolver problemas vitales si el espíritu cristiano la orienta y escuda, como puede ser la destrucción de la familia humana cuando su poderío insospechado se ponga al lado de los siete pecados capitales.

Hemos luchado tenazmente en la formación de arquitectos y de niñas en arte y decorado. Si la literatura y la filosofía tienen su origen y basamento religiosos, como lo demostró en controversias admirables Miguel Antonio Caro, no es menos cierto que el arte griego está empapado de nobleza, el bizantino revela el vuelo del espíritu, el romántico indica la certidumbre de los derechos justos y el gótico es la plegaria de ocho siglos por salir de la barbarie postrándose ante Dios. Arte sin espíritu es una comedia más en la historia y en el desenvolvimiento de la etapa cultural.

Nuestros mejores amigos son los obreros. La ciudadanía aplaude aquella labor callada, tan alegre como fecunda, de los estudiantes-profesores en el Círculo de Obreros. Noche tras noche se ven el rostro el educado de nuestras facultades con el obrero de los barrios alejados y sencillos y ya podemos contar con un acervo de muchachos preparados para la vida del comercio, la administración o la colaboración en las industrias. No pocos ingresan desconfiados pero todos egresan amigos, conscientes y tranquilos. El primer pabellón de la ciudad universitaria albergará en un próximo futuro los talleres auxiliares para educar en fortaleza, seriedad y técnica al hijo honrado del obrero que gana el pan con el sudor de su frente.

La mujer asiste igualmente a nuestras aulas: Ora se educa en el arte y la decoración, ora asiste a las controversias de apologética, de psiquiatría o de ciencias teológicas, ya se forma en el magisterio superior. Su distinción y piedad son el sostén del Círculo Obrero, que constituye su blasón y nuestra recompensa.

La cultura se manifiesta a través de la Revista cuyas páginas van teniendo el visto bueno de instituciones americanas y europeas; en los trabajos de los seminarios de estudio, en las conferencias por radio, en los artículos de prensa, en la judicatura y en la vida parlamentaria. Tiene el bolivariano en general un estilo para actuar como profesional, formado en el espíritu de compromisos con Dios y con la Patria. Son patriotas los muchachos, sacrificados los profesores, es-

piritualistas y cristianos por elegancia mental, aristocracia del espíritu y por la gracia de Dios. Estamos convencidos que los Sacramentos son la mejor pedagogía, el cristianismo es una escuela de varones, que la Iglesia es la más sabia de las entidades culturales y la más humana de todas. Una vida religiosa sin imposiciones satura el claustro y las conciencias: por eso son libres los muchachos, porque admiten a Dios con alma agradecida y conciencia espiritual. La Sociedad de San Vicente, las prácticas religiosas, el amor al Papa, la lucha por las misiones, la apología de los principios revelados, van surgiendo de los claustros de la Universidad Pontificia Bolivariana con la naturalidad con que van los ríos a los mares.

Ya va levantándose el edificio futuro de la Universidad, obra del impulso, de la inteligencia y el espíritu apostólico de la Junta Económica Universitaria, ejemplo de tenacidad, de confianza en Dios y de un desprendimiento singular.

El Papa de la Paz

Dante Alighieri, el refugiado errante del Siglo XIII solicitaba ingreso al Prior de un convento de Toscana. Al preguntarle aquél amablemente qué lo había inducido a pisar las puertas del Monasterio, el altísimo poeta cansado de tantas luchas, intrigas y maldades, contestaba con la palabra hoy más ansiosa y repetida: **Pace**, Paz. Pío XII es el Pontífice de la Paz justa, proclamada en los mensajes de Navidad, por medio de la diplomacia vaticana y realizada con un esfuerzo incomparable en su lucha, sin desmayos, por todos los oprimidos, los débiles y los desheredados. Predica Pío XII la necesidad improrrogable de tutelar los fueros de todas las naciones; el desarme gradual de los espíritus y de los equipos guerreros; la justicia de los nuevos tratados y la revisión equitativa de los anteriores pactos; la urgencia de respetar los derechos de las minorías étnicas y la obligación que tienen los gobernantes de actuar entre los pueblos movidos solamente por el hambre y sed de justicia. Combate la falsa propaganda que enturbia las conciencias y enloquece a las muchedumbres. Reclama la confianza como hermana de la justicia, al decir de Cicerón. Anatematiza la utilidad como norma de moral, reprueba todos los imperialismos, enseña que la justicia social postula que desaparezcan las enormes distancias y posibilidades entre unas naciones demasiado ricas y otras en miseria; exige el respeto a los derechos de las naciones débiles; condena el acaparamiento de las materias primas por algunas naciones en detrimento de las otras y llama la atención de los gobernantes sobre la sagrada obligación que tienen de fomentar la idea religiosa entre los pueblos so pena de presenciar una próxima hecatombe más sangrienta.

El Papa nos visita por medio de su ilustre representante en Colombia, el decano del cuerpo diplomático. Nosotros, excelentísimo señor Nuncio y excelentísimo señor Arzobispo, nuestro canciller y patrono desvelado, llevaremos el nombre del Pontífice por todas las

comarcas. Sabemos que en el Vaticano se interpreta con voz infalible la paz para los hombres de buen avoluntad. Tendremos el placer espiritual de conocer cada día más a espacio las vitales docencias pontificias. Sin Roma son imposibles bienestar colectivo, ni justicia social ni gobiernos cristianos, ni tranquilidad en el orden, ni democracia orgánica. Roma es serena porque es eterna, es paciente porque es inmortal, crea las universidades porque posee la sabiduría, es dogmática porque Dios le entregó el tesoro de la Revelación. El Vaticano es asiento del interés por la difusión de las ciencias, las artes y la sabiduría. Todas las tiranías han recibido de Roma su condenación y todas las nuevas nacionalidades por débiles y pequeñas que parezcan han sido salvaguardiadas en sus fueros por los documentos pontificios.

Como el mundo atraviesa una crisis espantosa, más tremenda que la caída del Imperio, o la Revolución Francesa, sólo una reforma radical del hombre, de la familia, de la justicia social, de la moral colectiva y un resurgimiento fervoroso y decidido de la idea religiosa en cada pueblo y en las naciones, podrá salvarnos de la tormenta amenazante. Estamos asidos al mástil divino y si hemos dormido sobre la proa confiados e incostantes, vamos despertando al divino reclamo que nos dice: Ego sum, nollite timere.

Profesores! En vuestro nombre y en el de los fundadores, protectores y amigos presento el agradecimiento eterno al Papa, conductor y patrono nuestro.

Estudiantes! Perteneceis a una edad indecisa y conturbada: quién os salvará? Una sola palabra: Jesucristo.

